

ANDRÉS IBÁÑEZ

El mito del desierto

El mito del desierto no podría existir sin la imagen de la ciudad. La ciudad siempre está al borde del desierto, y el desierto siempre comienza más allá de la ciudad. Las primeras ciudades surgieron en el borde de los desiertos, y la civilización seguramente jamás habría aparecido de no ser por los desiertos. La agricultura es un arte del desierto. Es desconocida en el lluvioso norte y en el húmedo trópico, cuyos pueblos antiguos eran cazadores o recolectores. El arte del regadío, el asentamiento, la construcción de muros y de murallas, la aparición de las ciudades con sus barrios de artesanos, sus castas, sus religiones rigurosas, todo eso está relacionado con el desierto. En los verdes paisajes, la población se dispersa. El desierto obliga a la concentración de la población en los puntos húmedos, en las riberas de los ríos: surge así la organización social, la ciudad, la ley, el monoteísmo y también, ay, la guerra.

En *El amigo del desierto*, la última novela de Pablo D'Ors, que es una pequeña maravilla dentro de una obra

EL DESIERTO ES EL PAÍS DE LA IMAGINACIÓN. SON LOS FAMOSOS ESPEJISMOS, LAS ALUCINACIONES. NO HAY SUEÑOS COMPARABLES A LOS QUE SE SUEÑAN EN EL DESIERTO

literaria llena de grandes maravillas, el protagonista descubre desilusionado que todos los desiertos parecen estar al lado de una ciudad. Más tarde, él mismo terminará viviendo en una ciudad al borde del desierto, contemplando obsesivamente las dunas a través de su ventana. Ya que no es posible vivir en medio del desierto

EREMITAS. Los únicos que pueden hacerlo son los eremitas, que se refugian en una cueva o se mantienen tercamente en lo alto de una columna. Se nos dice que en los primeros siglos los desiertos de Tierra Santa estaban invadidos de eremitas, miles o decenas de miles de ellos, que vivían aislados unos de otros. Pero ellos no habían ido al desierto a vivir, sino a morir. Buscaban la extenuación de la carne. No es posible vivir más de unas pocas semanas en lo alto de una columna.

¿Quién intenta vivir en el desierto? El esclavo huido, que prefiere la muerte a las cadenas. El soldado desertor enamorado de una esclava

extranjera, que prefiere morir con ella antes que ver cómo la ultrajan en la ciudad de las rosas y el vino. Estos son, junto con el ermitaño, personajes característicos del mito del desierto. Pero la esencia del mito no es el estatismo, sino el atravesamiento. Las caravanas de comerciantes, la caravana de exploración, los que buscan las ruinas de una antigua ciudad, una mina de diamantes, un tesoro. En *El enigma de Kaspar Hauser*, la maravillosa película de Werner Herzog, el muchacho distraído sueña con unos beduinos que están atravesando un desierto y que le dicen que más allá, mucho más lejos, más allá de las montañas, hay una ciudad maravillosa llena de estanques y flores.

«OTRA CIUDAD». Surgido al borde de la ciudad, la esencia del mito del desierto es precisamente la promesa de esa *otra ciudad*, que está (precisamente) al otro lado del desierto. Los que logran cruzar el desierto y llegar hasta allí, encuentran la felicidad, o la libertad, o la riqueza, o la sabiduría. Porque esa otra ciudad tiene un carácter muy distinto a la que dejamos atrás. Está situada en otro lugar de uno mismo, en un paraje normalmente inaccesible a la introspección. Y no debemos esperar una gran urbe, sino más bien una pequeña población en un valle lejano, o un monasterio perdido en la ladera de roca. Ya que el mito del desierto se complementa con el mito del monasterio perdido.

El desierto es el país de la imaginación. Son los famosos espejismos, esas alucinaciones visuales de cosas que no existen. Las grandes teorías de la imaginación estudiadas por Henry Corbin en el sufismo iraní de Surawardi surgieron todas en el desierto. Son esas «flores del Viernes Santo» que aparecen en el tercer acto del *Parsifal* de Wagner cuando Parsifal ha logrado atravesar *The Waste Land*, la tierra baldía. La música de Schubert, música de un solitario que en su aislamiento cierra los ojos y lo ve todo lleno de flores, es música del desierto. Son las mismas flores que veía San Juan de la Cruz en su cárcel oscura y hedionda. No hay sueños comparables a los sueños que se sueñan en el desierto.

Una vez me perdí en un desierto. Sucedió en México, en 1995. Estuve un día y una noche perdido, pero luego me encontraron. O yo encontré a los que me buscaban. O eso creí yo entonces, porque a veces pienso que en realidad sigo caminando por ese desierto, que está en San Luis Potosí, y que los que me buscan todavía no han logrado dar conmigo, ni yo con ellos. ■